

Cuentos Chilenos

# **CYBERPUNK**

Francisco Ortega  
J. L. Flores  
Carlos Reyes González  
Aldo Berríos  
Ignacio Fritz  
Javier Valderrama  
M. M. Kaiser  
Luis Trujillo  
Sofía Ramos Wong  
Ernesto Garratt Viñes  
Inti Carrizo-Ortiz  
Sebastián Panatt  
Sergio Amira



AUREA  
EDICIONES

© Cuentos Chilenos Cyberpunk.  
Colección: Cuentos Chilenos  
Sello: Soyuz  
Primera edición: Noviembre 2021

Compilador: Martn Muñoz Kaiser  
Ilustración de portada: José Canales  
Corrección de textos: Aldo Berríos  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones  
[www.facebook.com/aureaedicioneschile](https://www.facebook.com/aureaedicioneschile)  
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-84-1

Los derechos de propiedad intelectual de cada cuento pertenecen a cada autor particular, se publican en este tomo con su expresa autorización.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Para quienes siguen imaginado el futuro.

*Llegué a la conclusión de que deberíamos aspirar a incrementar el alcance y la escala de la conciencia humana para comprender mejor qué preguntas hacer. En realidad lo único que tiene sentido es luchar por una iluminación colectiva.*

**Elon Musk**

## Prólogo

# CYBERPUNK, SUEÑOS DE CROMO Y NEÓN

Por Francisco Ortega

Dicen que William Gibson se deprimió. Corría 1982 y el escritor canadiense afilaba sus primeras armas en la literatura. Sus cuentos de ciencia ficción, donde la tecnología era el conflicto y la trama, le estaban pavimentando una carrera cada vez más interesante, impulsada por la revista OMNI, que lo había nombrado su “narrador oficial”. Con este espaldarazo, Gibson acababa de firmar contrato para su primera novela, que vería la luz en 1984. Mas aquel día de mayo de 1982, algunas cosas iban a cambiar. La revista OMNI lo envió a un pase de prueba de la nueva película de Ridley Scott, un *neo-noir* futurista basado en *Sueñan los androides con ovejas eléctricas*, una novela corta de Philip K. Dick que llevaba por título *Blade Runner*, nombre robado de un guion escrito por William Burroughs, que nunca fue rodado (y que nada tenía que ver con el relato de Dick ni con la película de Scott).

Terminada la proyección, William Gibson caminaba pensativo por las calles de Los Ángeles. Sucede que se le habían adelantado. Acababa de ver una transcripción casi literal del universo que él llevaba creando y recreando en doscientos folios tamaño carta. ¿Qué iba a pasar cuando apareciera su

novela? ¿Lo iban a acusar de plagio, lo iban a apuntar con el dedo de la más fácil de las críticas, aquella que desprecia todo por esa falsa idea de no ser original? ¿Qué demonios es ser original, existe algo así? Quiso el destino que *Blade Runner* terminara siendo despreciada por el público y la academia (aunque los años dirían otra cosa), mientras su obra, aparecida bajo el nombre de *Neuromancer*, marcara un antes y un después en la ciencia ficción de los ochenta, inaugurando más que un subgénero, una estética: ciudades superpobladas, rascacielos kilométricos, sexo, noche, neón, lluvia, dirigibles, redes universales, consolas, inteligencia artificial, conglomerados comerciales más importantes y poderosos que los países, realidad virtual y dos términos/ideas que se tatuaron en el inconsciente colectivo: Matrix, como una simulación producto de la unión de la “mente” de todas las computadoras del mundo y China como la superpotencia absoluta. Un futuro de cromo redactado con máquinas de escribir.

Aunque lo que hoy entendemos por *cyberpunk* canónico surge con estas dos obras hermanas, *Blade Runner* y *Neuromancer* en 1982 y 1984, no es menos cierto que sus fuentes aparecen ya en 1968. Por una esquina, la *new wave* de la ciencia ficción británica, encabezada por Michael Moorcock y J. G. Ballard; autores que pusieron en escena un nuevo protagonista para la anticipación científica, un sujeto lejano a la idea del héroe y deconstruido (sí, el término tampoco es nuevo) como un tipo común y corriente que se rebelaba contra el futuro hostil que se le venía encima, heredero directo de la figura del *punk* que empezaba a florecer en la cultura popular. A la inyección británica se le añadió el ingrediente tecno paranoico que en la costa oeste de los Estados Unidos estaban sazonzando Samuel Delany, William Burroughs y el omnipresente Philip K. Dick, todos bajo la declaración de principios de darle una estocada tanto a la ciencia ficción dura como a los santos padres de la *space opera*, representados en Isaac Asimov, Arthur C. Clarke e incluso Ray Bradbury. En una metáfora de lo ocurrido en la música popular en 1977, esta nueva generación mató con rabia y cuatro acordes la grand-

locuencia y los espacios exteriores del rock progresivo. Ya no había que ir a las estrellas para proyectar el futuro, lo interior tomaba el relevo de lo exterior. No es casual que los albores del *cyberpunk* coincidieran con el surgimiento del *synth pop* en Europa; si las máquinas podían cantar, también podían hacer literatura.

Fue en 1986, cuando en las páginas de la antología *Mirrorshades*, el escritor Bruce Sterling bautizó oficialmente al movimiento como *cyberpunk*, contracción que definía lo común que tenían las obras que estaban emergiendo a partir de *Blade Runner* y *Neuromancer*, historias de antihéroes (*punk*) en un futuro distópico e hipertecnológico (*cyber*). Hoy este es un futuro pasado que suele mirarse de reojo y con cierta distancia, días de cromó que finalmente no fueron tal. Aunque la primera ola del *cyberpunk* fue un movimiento muy popular a inicios de los ochenta, que derivó al comic, al animé japonés, a la música, al cine e incluso a la moda, acabó sepultado en sus propios excesos. Historias demasiado similares, personajes que parecían un calco de Case (el protagonista de *Neuromancer*) o de Deckard (el de *Blade Runner*), y una sobrepoblación de subgéneros (más de treinta) que iban desde el *steampunk* (lo mismo, pero con tecnología de la época de vapor) y el *dieselpunk* (con tecnología de los años treinta), al *mannerpunk* (con magia y dragones reemplazando la tecnología), que acabaron por ponerle paladas de tierra cada vez más pesadas al género, al punto que hasta el mismo padre fundador, William Gibson, optó por virar al thriller político, agotado de las metrópolis de cromó y neón.

Mas el *cyberpunk* no estaba muerto y hoy es incluso más popular y masivo que a inicios de la década de los ochenta. El renacer fue a mediados de los noventa, cuando Neal Stephenson lo reinventó en las páginas de su maravillosa novela *Snow Crash*, mitad parodia y mitad declaración de amor a lo iniciado por Gibson en 1982. Stephenson construye su obra como una relectura de *Alicia en el país de las maravillas*, pero en clave *cyberpunk*, en la que un anónimo llamado *Hero Protagonist* (en serio) se desliza en una motocicleta supersó-

nica por las autopistas reales y virtuales de un futuro tan imperfecto como divertido, donde ya no solo cabe la herencia del *new wave* inglés de los sesenta, sino también el legado *made in Japan* con sampleos de *Akira* y *Ghost in the Shell*, par de pilares fundamentales de esta segunda ola. Suspendido hacia el siglo veintiuno de la mano de *Matrix*, versiones tercermundistas (como el cyberchamanismo de Jorge Baradit en *Ygdrasil*) o la franquicia de videojuegos titulada precisamente *Cyberpunk 2077*, acabaron devolviendo una narrativa que tal vez nunca se había ido, sino que simplemente se convirtió en literatura realista. No es casual que estemos parados en el 2021, dos años después de *Blade Runner* y *Neuromancer*. Estamos hechos de cromo y neón, somos cromo y neón.

Bienvenidos a *Cyberpunk, cuentos chilenos*, una muestra de la forma en que los escritores de este lado de la cordillera abordamos este género.

# Un Confesor

J. L. Flores

Un ser artificial entró por fin en las ruinas de Roma. La gran ciudad estaba tan vacía como todos los demás lugares por los que había pasado, sus callejones, que antaño habían sido parajes bulliciosos, hoy estaban poseídos por fantasmas de nieve.

Un mural cubría la pared trasera de un hotel. Dios tendía la mano a Adán desde el cielo, pero Adán no le devolvió la mano, sino que sostenía una pistola, y la bala que salía del cañón se dirigía hacia el pecho de Dios. Las palabras *sali in cielo*, escritas en pintura verde fluorescente, acompañaban la imagen. El ser las miró un instante y reflexionó sobre ello por unos segundos antes de continuar su viaje.

Al llegar a las ruinas del distrito central, y atraídos por su silueta casi humana, los habitantes que quedaban de la ciudad comenzaron a emerger. Camareros oxidados con trajes de cola larga hechos jirones señalaban los montones de mesas rotas. Los robots-guía llamaban en los tonos agrietados de una docena de idiomas diferentes con ofertas de visitas privadas al Coliseo, el Panteón, el Foro, lo que quedaba de los famosos museos y, por supuesto, la gran Basílica de San Pedro, cuya cúpula, agujereada pero aparentemente intacta, se alzaba sobre los escombros.

Los robots del placer parecían aún más convincentes, y por tanto patéticos, acicalándose entre las sombras con destellos de carne sintética desgastada. Aunque, para los procesos de pensamiento heurístico del robot, las máquinas de servicio menores que seguían intentando mantener la ciudad llevaban una existencia aún menos envidiable, al menos suponiendo que tales dispositivos tuvieran alguna conciencia propia.

Ningún ser completamente orgánico venía a las viejas ciudades, eran frías, peligrosas y llenas de memorias. Aun así,



el viajero sentía que aquello era un desperdicio. Más allá de las hojas muertas y los vestigios de hollín, la vasta extensión ovalada de la plaza de San Pedro finalmente se asomó a la vista. Aquí, el viajero se detuvo. Aunque el obelisco central estaba ahora derribado, la vista seguía siendo impresionante. Estaba subiendo la amplia escalinata que conducía a la entrada principal con pilares cuando oyó una voz a su derecha.

—Llegaste.

Al girarse vio a un sirviente pequeño, pero aproximadamente humanoide que salía de una puerta lateral.

—Es por aquí.

El delantal manchado del sirviente ondeaba al viento. Unas espinas de metal subyacente asomaban de una mano que le hacía señas.

—Su santidad te espera.

La puerta por la que el robot siguió a la apresurada maquina era poco imponente, pero los pasillos y espacios más allá eran uniformemente grandiosos. Grandes frisos caían desde los techos agrietados. Las paredes moteadas de humedad estaban salpicadas de espejos enloquecidos y vastos cuadros oscuros enmarcados en ondas de oro descascarillado.

Los androides militares con alabardas y uniformes apollados, que los bancos de datos del visitante identificaban como los restos de la Guardia Papal, chirriaban para llamar la atención. El sirviente giró una ornamentada manilla de latón de una última puerta y le hizo un gesto al robot para que la atravesara. La sala que había más allá, si es que podía llamarse sala, era larga y alta, con ventanales atrevidos y un techo elaboradamente curvado. Lo primero que pensó fue que se había equivocado con el resto del Vaticano. Nada era tan impresionante. No comparado con esto. Incluso para un ser como él, someramente sensible, la sensación de estar rodeado por estos milagrosos oleajes de color y luz era casi abrumadora.

Asombro y maravilla era lo que realmente sentía. Por lo menos, sus entradas sensoriales y sus procesos de pensamiento fueron lo suficientemente provocados como para no

darse cuenta al instante de la cama con estructura de acero que se encontraba en el centro de la capilla. Cuando lo hizo, avanzó lentamente hacia ella.

Las abejas servidoras revoloteaban. Las bombas chasqueaban. Los cables, las tuberías y los nidos de cables saltaban y temblaban. Al principio parecía que el cuerpo que yacía en su centro era lo único sin vida en este extraño retablo. Pero él estaba acostumbrado a ver la muerte y sabía que no era así. Dejó su bolsa y esperó en silencio, como había hecho muchas veces antes. Una vez, en los días del primer gran y alegre salto de la humanidad a los reinos de la virtualidad, había habido decenas de miles de su clase. Pero ahora sospechaba, al menos por la ausencia de otras señales de respuesta y por la gran distancia que la abeja servidora había recorrido para encontrarlo, que el resto estaba absolutamente apagado o había sucumbido a una decadencia mecánica terminal. Muerto, en otras palabras, supuso, o al menos lo más cerca que un ser artificial como él podría llegar a estar de ese estado.

Cuando los párpados casi translúcidos del anciano se abrieron finalmente para revelar unos iris del color de la lluvia, y el espasmo de una sonrisa arrugó su antiguo rostro.

—No eres lo que esperaba —susurró una voz que, a pesar de su desfallecimiento, aún conservaba una pizca de mando.

—Por el mensaje que recibí, creí que me buscaban.

—Oh, sí que te buscan, si es que te buscan. —Su garganta se esforzó por sacar saliva—. Pareces un humano cualquiera.

—Mi apariencia fue diseñada para no causar alarma.

El anciano hizo una mueca de burla y trató de incorporarse por sus propios medios, al fallar miró a su invitado.

—Ayúdame a levantarme un poco. Pero ten cuidado con esos tubos.

Las ansiosas abejas servidoras revoloteaban y bateaban mientras el robot levantaba y recolocaba suavemente la ligereza de la cáscara de huevo de la cabeza del anciano.

—Te llamaron confesor, ¿no es así?

Aunque el vínculo con sus servicios era tenue, sus bases de datos eran conscientes de la práctica, en varias culturas,

de que un humano escuchara los pecados de otro para asegurarse una mejor vida después de la muerte, le habían llamado así muchas veces.

—Técnicamente se me conoce como asistente de traslado, pero puedes referirte a mí como quieras.

—A mí me llamaban Su Santidad, Juan Pablo IV. Quizás soy el último de mi clase.

—No creo que seas el último humano.

—Me refiero al último papa.

La cama de acero zumbó y chasqueó.

—¿Realmente no queda nada más ahí fuera? ¿Ya se han transferido todas las demás almas?

—Humanos corporales quedan pocos —reflexionó el ser sintético—, sé que están las colonias de Marte, las ciudades geodésicas de la Antártida. Pero hace décadas que yo no me encuentro con un humano completamente orgánico vivo, ni detecto ningún signo o señal que indique su presencia en el continente.

El papa permaneció inmóvil durante un largo rato, como si la rareza de su larga vigilia le fuera desconocida hasta ahora. El visitante había descubierto muchas veces a través de su trato con los clientes que los humanos eran capaces de creer cosas que iban en contra de la evidencia de sus propios sentidos e intelecto.

—Esto que traes solía denominarse pecado mortal. Pero supo que también eres consciente de ello.

El androide levantó y bajó la cabeza. Era verdad, la Iglesia en un principio condenó la segunda vida que ofrecía el ciberespacio.

—Mis padres eran católicos honestos y de corazón sencillo del tipo antiguo —continuó el papa—, que creían que la muerte era la voluntad absoluta de Nuestro Señor, y esperaban una resurrección de un tipo muy diferente. Postergaron el traslado hasta que fue casi demasiado tarde, y las rodillas de mi madre eran una agonía para ella, y el corazón de mi padre estaba tan débil que apenas podía mantenerse en pie. Cuando lo hicieron, fue a instancias mías, y se trasladaron

juntos, lo cual era justo. Si alguien merecía una oportunidad de vivir una vida mejor en el otro lado de la virtualidad, eran ellos. Seguimos hablando e intercambiando mensajes con regularidad, al menos durante los primeros meses, y nunca dudé de que seguían siendo las personas que siempre había amado, ni de que eran mucho más felices y se sentían más realizados de lo que habían sido cuando estaban vivos corporalmente. Encontraron un pueblo muy parecido al suyo, en el que ambos habían crecido, y mi padre trabajaba sus propios campos como siempre había querido, y mi madre cosía y prensaba aceitunas y criaba gallinas. Pero empezaron a encontrar nuevos intereses. Al principio, simplemente visitaron todos los lugares que habían anhelado ver aquí en la Tierra, aunque, por supuesto, eran mucho más maravillosos. Venecia no como un pantano estancado, sino resucitada, y luego mucho más allá, su gloria renacentista. Roma, por supuesto, pero en toda la pompa de sus encarnaciones paganas y cristianas, en lugar de la lamentable ruina en la que se había convertido. Luego, varias versiones de la Ciudad Santa que apenas podían describir. Y a partir de ahí, empezamos a distanciarnos. Pronto, todo lo que recibía de ellos eran breves mensajes, seguidos de un silencio que continúa hasta hoy...

El anciano suspiró. Sabía que aquel mundo virtual los cambiaba y ahora lo cambiaría a él. El confesor se limitó a esperar en silencio, utilizando sus múltiples entradas sensoriales para monitorizar el estado físico y mental del anciano, junto con las sutiles interacciones de todos los numerosos implantes, productos químicos y sintéticos que lo habían mantenido con vida, pues la historia de cómo los recién transferidos moraban durante un tiempo entre las familiares estribaciones de los viejos recuerdos antes de dar el salto completo a la virtualidad ilimitada era, en efecto, común.

—Bueno —espetó el anciano—. ¿Comenzamos?

—Antes debe saber que el proceso por el que le ayudaré a guiarse es totalmente reversible, al menos hasta el momento final en el que usted, y solo usted, decida transferirse, o no.

—¿Habrá algún dolor?

—Nada más allá de lo que ya está sintiendo. Entonces, incluso eso desaparecerá.

—¿Y qué quedará de este cuerpo? ¿Simplemente estará muerto? Te agradecería que lo depositaras en las catacumbas bajo la basílica, donde están enterrados muchos otros papas. La sirvienta a la que llamo Irene te mostrará el camino.

—Es mi deber obedecer las últimas peticiones del difunto. La otra cosa que debe saber —continuó el robot después de esperar a que se calmara la agitación del anciano—, aunque estoy seguro de que ya lo sabe, es que el proceso de transferencia implica otro elemento de decisión.

Hizo una pausa. A pesar de su larga experiencia, nunca había encontrado la mejor manera de expresarlo.

—Hay malos sentimientos, recuerdos difíciles y arrepentimientos en cualquier vida, por muy concienzudamente que se haya vivido. Así que, al abrirse la singularidad de datos, puedes elegir qué cosas te llevas al otro lado y qué dejas atrás.

Hizo otra pausa. El pulso y la respiración del anciano seguían siendo lentos y regulares.

—Puede que no sea más que un pequeño incidente de la infancia, o un ligero problema de temperamento, o una relación que se torció. En otras palabras, algo que desearías que hubiera sido de otra manera.

El anciano sonrió.

—Haces promesas que ni siquiera Nuestro Señor hizo.

—Como digo, solo estoy aquí para facilitar el proceso.

—¿Dónde estaremos realmente?

—En términos geográficos, en muchos otros, con múltiples fuentes de energía e infinitas redundancias. Algunos, y mientras hablamos, están incluso viajando cada vez más lejos de la Tierra. Pero todos están entrelazados a nivel cuántico. ¿Puedo proceder?

Tomando el silencio y las señales corporales del anciano como un asentimiento continuado, ya que los humanos no suelen responder directamente a las máquinas, el robot abrió con un chasquido los cierres de su mochila y sacó un largo

instrumento de acero y cristal que parecía una jeringuilla. Estaba lleno de un fluido brillante que se arremolinaba.

—Haré un pequeño agujero en tu cráneo para introducir el nanofluido que iniciará el proceso de enredo en tu cerebro. También forjaré brevemente un puente entre tu consciencia y mis propios circuitos heurísticos, para que pueda asegurarme de que todo va como debería.

—¿Y si no es así?

—Siempre es así. No habrá dolor.

El confesor cerró su mochila y se movió con cuidado hasta situarse directamente encima y detrás del cráneo desnudo del anciano. Ya podía sentir el principio del enredo con el nanofluido activado que sus propios procesos cuánticos, hechos de una sustancia similar, se esforzaban por hacer. El diminuto taladro de la cabeza de la pica de datos emitió un estridente y breve zumbido al atravesar la carne, el hueso, la membrana y el fluido cerebral, y luego el fluido de búsqueda salió de la pica de datos, multiplicándose y enredándose con miles de millones de sinapsis en el cerebro del anciano.

Al mirar con los ojos del papa, vio la Capilla Sixtina como solo un humano con los grandes conocimientos que este hombre poseía podría verla, no solo como una obra maestra artística, sino como una rotunda declaración de fe. Las palabras ya no eran necesarias cuando la superficie de su consciencia, los dolores y los picores, las confusiones y las pequeñas molestias, se arremolinaban más y más profundamente, y luego se oscurecían y se disolvían.

Por un momento, no estaban en ninguna parte. Luego hubo un repentino resplandor de ruido y luz solar, y el robot oyó los gritos de los niños y el cacareo de las gallinas, y vio una pequeña aldea de tejados desordenados y campos pedregosos e irregulares encorvados bajo escarpadas montañas blancas, y supo que aquel era el hogar de la infancia del anciano. Voces. Vigas de la cocina ennegrecidas por el humo. Un olor a ajo y a masa caliente. Y ser levantado, riendo, en lo alto por gigantes sonrientes hacia el cielo ventoso. Luego, acuclillarse sobre una fosaapestosa en un viejo retrete que

zumbaba de moscas. Así fue, los sonidos y los olores y las imágenes fluyendo a través de las estaciones de una vida, desde el aburrimiento del polvo de tiza de una diminuta aula escolar hasta el rechinar de la papada de su padre. Patear una pelota, el salto tembloroso hacia el brillo intermitente del estanque del pueblo. El dolor de una rodilla rota. Luego, Clara Mazzuquelli, con el misterio en sus ojos y un tallo de hierba entre sus labios carnosos, y la asombrosa presión de su pecho a lo largo de todo un largo verano hasta que las estaciones cambiaron y su mirada se volvió gélida como el suelo invernal. Pero yo pensaba... Pero tú decías... Pero yo creía...

Luego levantó el bendito sacramento y subió obedientemente los escalones de la Madre Iglesia, de sacerdote a obispo, luego de arzobispo a cardenal. La elección papal en sí misma fue una farsa, con pocos de los cardenales vivos que quedaban físicamente capaces de asistir con pleno dominio de su ingenio, y otros que se habían trasladado recientemente seguían insistiendo en su derecho a votar. ¿Hubo humo blanco? ¿Era negro? ¿Seguía importando, con la Guardia Suiza Papal sustituida por androides, y solo palomas, ratas y robots esperando fuera en la Plaza de San Pedro? Y todavía tenía el deber, sí, de mantener esta última vigilia como penitencia por una vida desperdiciada. Y siempre había techos con goteras y maderas podridas, si no asuntos de delicadeza teológica, que atender, mientras recorría los pasillos vacíos del Vaticano. Incluso cuando su propio cuerpo empezó a fallar, se ocupó de él de la misma manera práctica, y nombró a su sirvienta personal Irene, y se sometió lentamente a la indignidad de una vida que dependía totalmente del funcionamiento de las máquinas.

*Deus, Pater misericordiárum, qui per mortem et resurrectionem Filii sui...* El anciano estaba ahora cerca de la transferencia. Los lazos que ataban su consciencia a su cuerpo se estaban haciendo más finos, y estaban de nuevo dentro de la Capilla Sixtina, pero esta se encontraba inclinada como un gran pozo vertical que vertía nubes barrocas y rayos de sol

mientras algo masivo se arremolinaba muy por encima. ¿Así que eso es todo? Sí. La singularidad de datos se agitó y giró. Era un vórtice. Era una galaxia. Era un agujero perforado en la realidad. Era la luz al final de un túnel. Era la boca de un útero virtual. Y todo lo que tengo que hacer es... ¿Soltarme? Sí, cuando y como quieras. El robot sintió la excitación temblorosa del anciano mientras se tambaleaba al borde de todo, igual que una vez había estado al borde del estanque del pueblo. Luego, en una última oleada de alegre aceptación, desapareció.

Como de costumbre, mientras se encontraba frente a otro cuerpo muerto y vacío, con la mirada perdida y la carne empezando a enfriarse, se dio cuenta de la gran diferencia que había entre la vida y la muerte. Con unos cuantos interruptores y señales rápidas, las bombas y los monitores se apagaron.

El confesor había tenido clientes que eran sádicos de poca monta o auténticos psicópatas, algunos de ellos impenitentes, que así creaban su propio infierno privado arrastrando las cosas malas de un mundo al siguiente. Pero la mayoría de sus clientes se habían juzgado a sí mismos mucho más duramente de lo que merecían, y las cosas que dejaban atrás podían ser conmovedoramente pequeñas. Una palabra mal dicha o una mirada poco amable eran a menudo suficientes para arruinar toda una vida. Sin embargo, el sombrío peso de la falta de fe del anciano, que aún podía sentir tirando de los bordes de su consciencia desde el interior del turbio nanofluido, era sorprendente, y, mientras colocaba la pica de datos usada de nuevo en su bolsa, se preguntó si, después de todo, *confesor* no era un título tan malo para su trabajo.

Estaba colocando un pequeño parche adhesivo sobre el pinchazo craneal y apartando a las todavía sorprendentemente agitadas abejas servidoras, cuando oyó que llamaban a la puerta del fondo y el rostro de la sirvienta a la que el anciano había llamado Irene se asomó.

—Lo echaré de menos.



Avanzó arrastrando los pies y extendió la mano jaspeada para tocar la carne sintética cicatrizada de la suya.

—Realmente no sé qué voy a hacer.

El robot no hizo ningún comentario sobre estas expresiones indebidamente humanas mientras terminaba de retirar los diversos insumos y catéteres del cuerpo, pues no era raro que las máquinas se parecieran más que un poco a sus amos. Ahora solo faltaba que el robot levantara y llevara con cuidado el cuerpo del papa a las catacumbas, que aparentemente se encontraban bajo la basílica, con el pequeño sirviente llevando su bolsa y mostrando el camino, aunque las abejas servidoras también les siguieron fuera de la Capilla Sixtina, los guardias suizos se quedaron chillando detrás para formar una extraña procesión hasta que llegaron a otra puerta engañosamente pequeña que conducía al propio San Pedro.

Aunque los bancos de datos del robot contenían los detalles precisos de las dimensiones de la basílica, esta seguía siendo asombrosamente vasta. Incluso las capillas laterales tenían el tamaño de una iglesia, y la cúpula central, a pesar de toda la basura de vigas caídas que había debajo, brillaba con hilos de oro a la luz del día. Entonces, cuando el visitante se dirigió a los escalones que conducían a las catacumbas situadas detrás del altar principal, las puertas se abrieron con estruendo y entraron a toda prisa lo que parecían ser todos los aparatos mecánicos aún capaces de moverse en toda la ciudad.

Evidentemente, la información de la muerte del anciano había pasado rápidamente de servidor en servidor y, a falta de otra tarea útil, parecía casi lógico que estuvieran aquí.

Era importante que el confesor pudiera llevar a cabo los últimos aspectos de su función, pero la gran cantidad de cíborgs, orugas, robots guía, robots de placer, módulos, máquinas de servicio y dispositivos semiautónomos que habían entrado en la basílica le impedían el paso. Garras, pinzas, manos de carne sintética y otros muchos apéndices se abalanzaban sobre él, haciendo caso omiso de sus señales de

queja, mientras que incluso su aparato vocal pronto se vio obstruido por las abejas servidoras que pululaban por su cara. A continuación, el cuerpo del anciano fue arrancado de sus garras y arrastrado.

El visitante no podía moverse, y mucho menos objetar, mientras lo levantaban de sus pies, aunque nada de este comportamiento tenía ningún sentido coherente. Tampoco podía entender por qué algunos de los autómatas de construcción más grandes y menos humanoides estaban fijando dos de las vigas caídas del techo bajo la cúpula central en la forma aproximada de una cruz. Alcanzó a ver al pequeño sirviente al que el anciano había llamado Irene, pero este también estaba siendo engullido cuando la bolsa de la alfombra fue arrancada de sus manos.

El ser sintético fue arrastrado por un mar de metales, plásticos y carne sintética hasta que sus brazos se desplegaron contra la cruz, y los picos de datos que se habían derramado de su bolsa de alfombras, tanto los frescos como los usados, fueron clavados en sus manos y pies por nubes de abejas servidoras mientras la cruz se elevaba. Sin embargo, parecía que esto no era suficiente, ya que más jeringas agotadas se clavaron en la carne sintética y el metal de su cráneo para formar una corona que goteaba un líquido negro.

Podía sentir las fugas de residuos sinápticos de muchos clientes diferentes enredándose con sus circuitos cuánticos, y experimentó vidas enteras de arrepentimiento, decepción y hambre en una repentina descarga. Oyó el traqueteo de los disparos, el golpe de un puño contra la carne, la burla de los comentarios duros, y vislumbró la cara de dolor y perplejidad de un niño pequeño. Incluso vio cómo este mundo, antaño verde, había sido maltratado y explotado hasta que ya no parecía merecer la pena salvarlo.

Aunque varios de sus sistemas principales estaban a punto de sobrecargarse, todavía podía distinguir lo suficiente de la escena que le rodeaba a través de los fluidos que corrían por su carne sintética. Pensó en emitir una señal de auxilio,

pero le pareció irracional y peligroso. Entonces el confesor inclinó la cabeza hacia la cúpula central de la basílica que se llenaba con el resplandor del atardecer, en el momento de su visión final, los perdonó a todos.

# Vértigo

Carlos Reyes González

*Stay away from the future. Back away from the light.  
It's all deranged. No control.*

**David Bowie**

*Paradise is exactly like where you are right now. Only much,  
much better.*

**Laurie Anderson**

**H**abía nacido antes de las guerras psíquicas y mucho antes del azote de las enfermedades residuales, pero eso no cambiaba nada. Era así desde antes de su nacimiento y seguiría siéndolo después de su desaparición, de eso no tenía duda. De pie y sostenido entre dos pasajeros se entretuvo observando los ideogramas callejeros. Se le antojaron despojos destinados a dismantelar sistemas nerviosos. Cerró los ojos y esperó. Chocó con fragmentos de luz en un laberinto multicolor. Escuchó con atención. Percibió los sonidos como olas de nerviosa estática y a su propio cuerpo como bañado por olas de silicona ardiendo. Apretó los párpados y se dejó llevar. Hacia el fondo vislumbró la puerta de siempre.

La abrió.

*Está aquí otra vez. Sabe que está enloqueciendo en medio de aquella estática en constante acople con el mundo, quizás por eso ensaya una y otra vez este viaje, perfeccionando su método de evasión. Hoy vuelve a hacerlo y una vez más este trozo de mundo desaparece.*

Era la hora *peak* y su bus iba repleto. De no ser así, lo más probable es que se hubiese desplomado. El bus era lento, pero mucho más seguro que ir caminando, aunque siempre llegaba el temido momento en que había que bajar. El vehículo no llevaba asientos, el Gobierno estimaba que no había dinero suficiente para comodidades superfluas, así que iba

# Índice

<b>Prólogo</b>	7
<b>Un Confesor</b> J. L. Flores	11
<b>Vértigo</b> Carlos Reyes González	23
<b>¿Cuántas personas caben en una fotografía?</b> Aldo Berríos	38
<b>Missing Time</b> Ignacio Fritz	50
<b>Economía Circular</b> Javier Valderrama	60
<b>Lluvia Ácida</b> M. M. Kaiser	69
<b>Reiniciando el Sistema</b> Luis Trujillo	83
<b>La Flor de Neón</b> Sofía Ramos Wong	99
<b>Send Nudes</b> Ernesto Garratt Viñes	116
<b>Manzana Roja</b> Inti Carrizo-Ortiz	128
<b>Terror</b> Sebastián Panatt	144
<b>Guerra Mundial D</b> Sergio Alejandro Amira	159
<b>Dino Bonsái</b> Francisco Ortega	176